

El Mundo allende los mares: mitos y fábulas transplantadas a América. Siglos XV y XVI

Milagros Martínez

1.- *El antiguo concepto del mundo.*

Desde tiempos remotos la preocupación central del hombre giró en torno al conocimiento del mundo en el que vivía y a su dominio. Lentamente, las preguntas planteadas buscaron desarrollar un concepto general, no solo del mundo sino también del universo y del lugar que el hombre ocupaba en él. Estas inquietudes llevaron a que el hombre efectuase exploraciones a tierras mas lejanas cada vez, lo que le permitió desarrollar ciertas explicaciones.

Entre todos los pueblos de la antigüedad, serían los griegos quienes ofrecerían una explicación lógica y -hoy se comprueba- más pegada a la realidad, basada sobre todo en la observación. De acuerdo a ello, Estabon propuso que la tierra habitada tenía la forma de una isla "porque donde quiera que el hombre ha llegado a la extremidad de la tierra, ha topado con el mar que llamamos Océano y donde esto no se ha podido comprobar experimentalmente, le ha convencido de ello la razón" (Sanz 1960: 21).

Una vez aceptada la idea de la isla, los puntos a resolver eran el de la distribución de tierra y agua en el globo terrestre, la longitud que la porción de tierra habitada por el hombre tendría y si existirían otras islas comparables en los otros hemisferios.

Así, Aristóteles señaló que el "orbis terrarum" era pequeño, predominando el agua, la cual debía cubrir la totalidad del globo, lo que favorecía la existencia de tierras antípodas, sobre todo en el hemisferio sur, las cuales estarían habitadas por una especie diferente de hombres (O'Gorman 1984: 61).

La suposición de una cuarta parte del mundo¹, si bien no se comprobó de modo definitivo hasta que Colón llegó a América, quedó latente en la cultura antigua y medieval y se puede encontrar referencia a ella “en leyendas, crónicas de viajes extraordinarios de la antigüedad, mitos clásicos y fábulas medievales, en los versos premonitorios de poetas y en las especulaciones inventivas de cartógrafos y astrónomos” (Ainsa 1984: 7). Dichas tierras existían para muchos autores y estarían habitadas por “otro tipo de hombres” como señalaron los clásicos.

Tiempo después, al desarrollarse las doctrinas cristianas, se mantuvo la idea de que la tierra era una isla, ya que ella coincidía con la historia del diluvio y con la orden de Dios de dejar descubierta una porción de la superficie terrestre para que el hombre la habitara. Las mismas doctrinas religiosas, sin embargo, descartaban la posibilidad que existieran otras islas y otros seres, ya que de un lado contradecía el dogma de que el género humano descendía de una única pareja y de otro planteaba el problema de que los antípodas, suponiendo que son descendientes de Adán y Eva, no habrían podido conocer el evangelio, lo que iba en contra del mandamiento bíblico de “id y predicad” (O’Gorman 1984: 61-62).

Durante la época medieval se continuó con los viajes de exploración y lo que ellos aportaron derivó en la idea de que “la Isla de la Tierra era mucho mayor de lo que habitualmente se suponía a cuyo efecto se invocó un texto de los libros de Esdras, según el cual la proporción que guardaban entre sí la tierra seca y el mar era de seis a uno.” (ibid: 63). De acuerdo a esto el “Orbis Terrarum” seguía siendo una isla pero mucho más grande, lo que permitía la existencia de un continente, el cual, según los mapas medievales, era la última península de Asia (Gandía 1987: 32-33).

El mayor tamaño de la isla permitía la existencia de “habitantes que fueran antípodas los unos respecto a los otros, pero ya sin la dificultad de tener que suponer distinta procedencia de origen o de colocarlos al margen de la redención, puesto que ya no se hallaban incomunicados entre sí por el Océano.” (O’Gorman: ibid).

A fines del siglo XV como consecuencia de la pérdida de vista de la experiencia medieval y como consecuencia de la vuelta a la cultura clásica, se regresó a la idea de que la Isla de la Tierra debía ser relativamente pequeña, ocupando tan solo 1/4 parte de la esfera en lugar de las 6/7 que se había

¹ No hay que olvidar que para entonces los griegos tenían colonias repartidas en tres continentes: Europa, Africa y Asia Menor, lo que les llevó a proponer la existencia de una “cuarta parte del mundo”.

calculado en torno al texto de Esdras. Paralelamente se desechó la posibilidad que existieran otras islas comparables ya que ello contradiría el principio de que el globo debía estar totalmente sumergido. En caso de existir otras islas, estas serían pequeñas y estarían deshabitadas (ibid: 63-64).

2.- *Colón y las tierras del Kahn*

La empresa de Colón fue concebida como un intento de unir los extremos de la Isla de la Tierra yendo de oriente a occidente. El almirante estaba convencido de la vecindad entre oriente y occidente, así como la de España y la India, las cuales solo estarían separadas por el Atlántico (Gandía 1987: 43). Así, cuando arribó a lo que hoy es Cuba, tuvo la plena seguridad de haberlo hecho en Catay. Con el tiempo y debido a la falta de noticias del Kahn, Colón empezó a dudar de estar en Catay pero mantuvo siempre la idea de estar en el extremo oriental del mundo. Las tierras descritas inicialmente por Marco Polo incluían una península, existiendo la posibilidad que existieran además una segunda de mayor tamaño en el extremo más oriental, y era ahí a donde creía haber llegado Colón. Los científicos de la época, recurriendo en la mayoría de los casos a los autores clásicos se preguntaban a donde había llegado exactamente Colón y como respuesta -después de su segundo viaje- decían unos que al Océano Indico, mientras que otros sostenían que era el Golfo Árábigo (O'Gorman, ibid: 72).

Colón -como todo hombre y especialmente marino, de su época- tenía una carga cultural que fue la que llevó y proyectó a América. Su interpretación del mundo y de los habitantes de las distintas partes venía de la información que años de comercio con el lejano oriente había permitido acumular, así como de autores clásicos como Plinio, San Agustín, Hesiodo, San Isidoro, Solino, Eliano, Ibn Battuta y Marco Polo entre otros (Gil 1989, I: 32). Los pocos autores que se habían ocupado de manera científica de la geografía descriptiva de las tierras orientales, así como de la cartografía, fueron olvidados durante la época medieval cediendo paso a los mitos y leyendas que los navegantes contaban, hasta que en el siglo XV y debido al interés científico hacia occidente, fueron redescubiertos (Gewecke 1986: 74-75). La autoridad de los clásicos no obstante siguió inquebrantable, al extremo que todo conocimiento geográfico real fue tardíamente asimilado y en las descripciones de viajes, cada información recibida fue difundida de modo que los estereotipos previos de fabulosas riquezas solo se vieron reforzados.

La noticia de la muerte de los hombres de la guarnición Navidad, las enfermedades que padecieron los marinos idos al viaje inicial, la ausencia de grandes cantidades de oro, provocó una decepción que fue en aumento. Los enemigos de Colón se valdrían de estos hechos para cuestionarlo; no negaban

el descubrimiento pero sí el sitio al que señalaba haber llegado: la India ofrecía oro, especies, pueblos con un desarrollo superior: las islas a las que Colón llegó estaban desprovistas de villas, los habitantes vivían desnudos, no conocían ni la metalurgia, ni el papel, ni la escritura; no se encontraba tampoco ninguno de los tipos de especies naturales de las Indias, así como tampoco oro en la cantidad esperada (Bennassar 1991: 23).

Colón no se dejó desanimar por las críticas y aunque no encontró las ansiadas tierras del Kalin, las tierras le ofrecieron otros elementos que lo aseguraron en la idea de estar en el extremo oriental de la Isla de la Tierra y del Paraíso Terrenal².

Según los autores clásicos, los viajeros no solo encontrarían riquezas en los extremos del mundo sino que además se toparía con un nutrido cuerpo de seres no humanos. En este sentido, Colón y sus hombres no fueron una excepción a estas creencias (ibid: 42). La tensión debió predominar entre aquella gente asustada que conocían dichas historias y que hablaban además de las riquezas ubicadas en los márgenes del mar, de salvajes gigantes con cabeza de perro, de cíclopes, amazonas, caníbales, comedores de carne humana asada, sirenas y vírgenes marinas que atraían a los marinos a la muerte (Sale 1991: 22), de hombres con pies de caballo, hombres sin nariz, con cara plana, sin boca y con un orificio por el que respiran, beben y comen, hombres con una sola pierna que saltan con agilidad extraordinaria, hombres con pies invertidos que corren a gran velocidad por los bosques, hombres que ven mejor de noche que de día, hombres con pelo blanco en la juventud y negro en la vejez, hombres con orejas enormes que les sirven para cubrirse como si fueran vestiduras, hombres que se desvanecen como sombras, hombres sin cabeza, con bocas y ojos en las espaldas y los otros, con bocas y ojos en el pecho (Rosemblat 1965: 27-28). De este modo, cuando Colón encontró una isla de mujeres, fue identificada con la isla de las amazonas, los lobos marinos con las sirenas y el Orinoco con uno de los ríos del Paraíso Terrenal.

Todos estos mitos tuvieron el poder de presentar al mundo como uno solo, con una sola historia y una sola cultura (Ette 1991: 165-66), lo que correspondía a la tradición filosófica de que tendía a la unidad, a la identidad, ya que la variedad y la multiplicidad reflejaban lo inestable, lo cambiante “y por lo tanto se oponen a las formas eternas y están próximas a la nada (...)” (Sánchez Blanco 1985:185). De este modo, las nuevas tierras no solo reflejaron descripciones y realidades de Africa, Asia, la India, etc. sino de ese otro mundo fantástico que revistió a América de virtudes anheladas aún antes de su descubrimiento (Ainsa 1984: 8). En este sentido, en los escritos

2 Este punto será explicado más adelante.

de Colón, América aparecía como una mezcla de realidad y fantasía, lo mismo que como una extensión del espacio atlántico “tal como se conocía por los escritos de comentaristas antiguos y modernos” (Pagden 1988: 30-31). Esta identificación precisamente llevaría a dar por sentado que las nuevas tierras pertenecían al extremo oriental de la Isla. No obstante, las exploraciones realizadas más adelante por Vespuccio y otros marinos llevaron a postular y finalmente aceptar a las nuevas tierras como algo independiente de la antigua Isla de la Tierra.

3.- Colón: Las nuevas tierras y sus habitantes.

a) Paisaje y naturaleza: el mito del Paraíso Terrenal.

Al llegar Colón a América se topó con un mundo distinto al que hasta entonces conocía: animales nunca antes vistos, un nuevo tipo de naturaleza, seres de los que no se tenía la certeza de que fueran humanos. Paralelamente, el encuentro de una isla de mujeres lo llevó a dar por sentado que a ese lado del mar se encontraban asentadas las verdaderas amazonas, quienes además “le dieron su nombre a un río y a una región” (Schmid 1987: 267). La impresión de Colón fue tan grande que escribió en su diario que estaba convencido que no muy lejos de ahí se encontraba el Paraíso Terrenal.

La descripción que el almirante hizo de la naturaleza fue una descripción llena de admiración:

“(...). Aquí y sobre toda la isla en general, todo es verde, el pasto es verde como en Andalucía en el mes de abril. El canto de las aves de tal manera que uno no quisiera dejar nunca este sitio; y hay tanta cantidad de papagayos que oscurecen el sol cuando vuelan. Hay muchas clases de aves, grandes y pequeñas y tan diferentes de las nuestras que es una maravilla. Uno también encuentra mil diferentes especies de árboles, todos llenas de frutas, cada uno con la de su especie correspondiente; y todo el conjunto se impone con su rico perfume, que verdaderamente es un placer. (...)” (Moebus 1982: 51).

El encuentro de Colón y sus hombres con una naturaleza paradisíaca, con ríos de fuertísima corriente, con fuentes de piedras preciosas y de oro, así como con gente que vivía en un estado de inocencia y felicidad correspondiente al que en el pasado se vivió en el Paraíso (Gewecke, *ibid*: 68-69) hizo que además de reafirmarse la creencia en los antiguos mitos, se localizara, en un punto cercano al que estaban, a pesar de la inexistencia de una base geográfica real ni segura (*ibid*: 72) al Paraíso Terrenal. Este se encontraba -según la tradición- en la península más oriental de la Isla de la Tierra, es decir, donde Colón tenía la seguridad de hallarse.

Posteriormente, América se convirtió en un espacio grande y no explorado en el cual los geógrafos medievales, los enciclopedistas y los viajeros, proyectaron maravillas (Gewecke 1986: 74). En algún lugar inaccesible se hallaba el Jardín del Edén lo cual se vio reforzado con la presencia de seres, que aunque no se tenía la seguridad de que fuesen humanos, no correspondían a los monstruos míticos que esperaban encontrar y que además vivían en perfecta armonía con la naturaleza (Schmid 1987: 267).

b) Las nuevas tierras: mitos de riqueza.

Desde su primer viaje Colón tenía como objetivo encontrar oro. De este modo, cuando recibió de los indios algunos regalos hechos en este metal, preguntó por el lugar en el que se le podía encontrar a lo que ciertos viejos le respondieron:

“que en un lugar llamado Bohío avia infinito y que lo traían al cuello y a las orejas y a los brazos y a las piernas y también perlas (...)” (Varela 1989: 51).

Estas afirmaciones coincidían con su objetivo inicial por lo que de ahí en adelante todo lo interpretó como señal de presencia de oro: las señas de los indios, de las cuales entendió que había minas, ríos, islas enteras de oro, con más oro que tierra; su ansia por encontrar el anhelado metal lo llevó incluso a interpretar que el calor que padecía como una prueba “de que en estas Indias debía haber mucho oro (...)” (Rosemblat 1965: 20).

El hallazgo de una poca cantidad de oro lo llevó a afirmar que las tierras donde estaba ofrecían montañas y ríos de oro. Tal noticia corrió y junto con ella la fantasía lo que llevó muy pronto a ubicar en algún cercano lugar de donde estaban a la mítica Ofir y a las minas del rey Salomón (Gil 1989: 63).

Esta idea será la que guíe el tercer viaje de Colón quien irá en busca de la Taprobana mencionada por Plinio y Pomponio Mela, la cual era una isla cortada en dos por el ecuador y cuna de todas las riquezas del mundo (ibid: 134). Como consecuencia, se alistaron muchos hombres que solo pensaban en ir a recoger el oro con palas. Lo que el almirante no supo es que con esas afirmaciones cometía un error debido a que la realidad indiana mostraba más bien una Ofir huidiza que no mostraba sus secretos (ibid: 62-63).

La idea de América, como lugar de grandes riquezas y sin monstruos guardianes, se mantendría por años incluso antes del descubrimiento de México y Perú. Un ejemplo es que hacia 1518 el propio Erasmo de Rotterdam le escribía a su amigo Pedro Barbiel -quien buscaba un obispado en las Indias- ironizando sobre las ciudades construidas de oro puro al que se le podía ex-

plotar en grandes cantidades sin que hubiera que temer a los monstruos que en los mitos medievales aparecían como sus guardianes (Gil 1989: 55).

c) Motivaciones socio-económicas de los colonos.

La llegada a las nuevas tierras por parte de Colón, coincidió con una situación especial para España: el fin de la guerra de reconquista y la expulsión de los moros y judíos, lo que implicó que un alto número de hidalgos y aventureros se encontrarán sin medios de ganarse la vida. Paralelamente, la mala situación de la agricultura contribuyó al aumento del número de gente que buscaba procurarse una actividad lucrativa que le permitiese sobrellevar, lo más dignamente posible, los tiempos difíciles en que se encontraban.

De este modo, cuando Colón buscó voluntarios para su segundo viaje, no tuvo mayor problema en encontrarlos: el reclutamiento estaba enmarcado indirectamente en una aureola de riquezas inimaginables y para muchos, de nuevas oportunidades de ascender socialmente.

Posteriormente, cuando la colonización de América empezó, la mayoría de los que se embarcaron fueron gente que pertenecían a aquella parte de la población que en su tierra natal difícilmente hubiera accedido a un nivel social superior. En este sentido los primeros colonos fueron gente de procedencia humilde, rudos marineros y gente cuya situación de extrema pobreza o endeudamiento los llevó a América en busca de una fácil riqueza y de fama que les diera títulos nobiliarios. Más adelante, luego de la conquista de México, estas ideas de riqueza y nobleza serían el motor principal de la migración a las colonias americanas (Sánchez-Blanco 1991: 8).

Las nuevas tierras despertaron en muchos expectativas de abrirse un nuevo camino en la vida “al igual que lo habían hecho en la península los grandes y nobles linajes en siglos anteriores” (Schwartz 1979: 7). Sin embargo, las oportunidades soñadas por “la gente común” fueron más efímeras que reales ya que éstas fueron en primer lugar para la nobleza ibérica. Dicha nobleza tuvo no sólo la oportunidad de inversiones seguras, sino también la de acceder altos cargos dentro de la burocracia colonial, debido a la necesidad de gente de confianza para su administración.

Entre las autoridades de América no sólo hubo miembros de la rancia aristocracia española³, sino también graduados en leyes a quienes a veces se

³ Ejemplos de estos son don Lorenzo Suárez de Mendoza, conde de la Coruña, don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros y don Luis Enríquez de Guzmán, conde de Alba de Liste, entre otros, quienes pertenecieron a la nobleza española y que se desempeñaron como virreyes de las colonias americanas.

les armó caballeros de alguna orden militar” o se les otorgaron patentes de nobleza a fin de apoyar la autoridad de sus oficinas con distinción social” (ibid: 9)⁴.

Por otro lado, los premios que implicaban honores y distinciones, que era precisamente lo que buscaban obtener quienes se embarcaban como colonos a América, eran muy reducidos

“y con pocas excepciones tendía a recaer sobre hombres cuya posición social era ya de hecho suficientemente alta para hacer la transición suavemente, sin ningún escándalo público (...)” (ibid: 11).

De este modo, la realidad desmentía la fantasía, lo que sin embargo, no fue suficiente para evitar la creación de un nuevo mito ni la acunación del tan famoso dicho “ir a hacer la América”,

4.- América: un continente.

a) La población: ¿quién es?

Las tierras a las que Colón llegó no concordaban con las descripciones de antiguos viajeros aunque no por eso se les dejó de considerar una parte de la Isla de la Tierra. Las exploraciones de las que fueron objeto estas tierras permitieron que se acumulara una serie de noticias acerca de la geografía y de sus habitantes sin ofrecer ninguna duda acerca de la índole de los nativos (O’Gorman 1984: 149)⁵.

Cuando poco después se aceptó que aquellas tierras eran un continente nuevo surgieron muchas preguntas: ¿perteneían estas tierras al a Isla de la Tierra o a uno de esos “otros orbes” de los que hablaban los paganos? (Gil 1989,1: 94) ¿de dónde provenían sus habitantes? ¿eran judíos, cartaginenses, noruegos o chinos?. Sin embargo, la pregunta más difícil era si todas las razas descendían de Adán o como también se sugirió, si los indios

⁴ Buscar ejemplos.

⁵ En el segundo viaje de Colón se embarcó Fray Ramón Pané, quien pasó un tiempo largo entre los indios tainos. El informe que escribió fue terminado de redactar hacia 1498 y hoy en día es considerada una obra clásica de la antropología americana. En dicha obra se encuentran los nombres, funciones y atributos de los dioses tainos, así como la idea que tenían acerca de la muerte y su concepto de alma. Describió las ceremonias de los sacerdotes indios, recogió mitos sobre el origen del sol y de la luna, la creación del mar y los peces, la aparición del hombre en las islas y la domesticación y aprovechamiento de la yuca. El texto ha sido publicado por Juan José Arrom, quien presenta un estudio preliminar, y se titula *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. México: Siglo xxi, 1988. 8a ed. 92 p. xxiv.

americanos eran hombres pre-adamíticos?. Si este último punto fuera cierto significaría entonces, que no existió una monogénesis sino una poligénesis, lo que traía la duda sobre qué permanecía siendo cierto de la interpretación bíblica de la creación del mundo (Burke 1991: 14).

La primera reacción fue suponer a priori que esta gente era humana ya que de otro modo hubiera entrado en crisis la idea de la unidad fundamental del género humano (O'Gorman 1984: 149). No obstante, los europeos se vieron confrontados con gente que vivía en estado natural "sin rey, religión o leyes" (Honour 1982: 30). Este estado natural fue rápidamente idealizado y se pasó a considerar a los americanos como gente que gozaba de un ilimitado virtuosismo, viviendo como miembros de una comunidad en la que gozaban de igualdad de derechos, además de felicidad y despreocupación (Gewecke 1986: 64).

La necesidad -como lo califican Bennaser y Bennasser (1991: 48)- de los europeos de aquella época, de encontrar una referencia bíblica a los indios y a la nueva tierra, se tradujo en un sin número de explicaciones de su origen. Entre las más destacadas se encuentran:

Que los indios descendían de las 10 tribus perdidas del reino de Israel que habían sido deportadas a Mesopotamia por Salmanassar, rey de Asiria, después de lo cual habrían migrado a oriente y cruzado a América.

Las pruebas a esta explicación eran la tradición del diluvio, la práctica de la circuncisión entre algunos indios y la tradición azteca de haber transportado a Huitzilopochtli -uno de sus principales dioses- en un arca.

También se pretendió que los indios americanos descendían de Ophir, bisnieto de Heber, el primer hebreo, señalándose que la palabra Ophir está compuesta por las letras de Phiru -con una ligera variante de la "o"- y que la palabra Jectan (padre de Ophir), tiene una analogía con la de "Yucatán".

Para el caso peruano se señalaba que los indios eran descendientes de Tubar, hermano de Noé. Esto lo probaría la belleza con la que trabajaban el oro y que la tribu bíblica de los Macares se especializó en la fundición de Metales (Dickinson 1991: 90-91).

Paralelamente, los sacerdotes españoles encontraron en algunas leyendas americanas fragmentos de la historia de la creación de la tierra y del diluvio, coincidentes con las narradas en el Génesis. Este hecho llevó a plantear la tesis que los indios eran descendientes de Adán y Eva pero que habían olvidado las enseñanzas cristianas por haber sido contaminadas por creencias idólatras, conservándose únicamente como mitos (McCormack 1991: 9).

Como refuerzo a esta tesis estaba el mito existente entre los indios de un hombre blanco que apareció entre ellos y al que identificaron como un Dios (Wiracocha en Perú y Quetzalcoatl en México), el cual poco después fue relacionado por los sacerdotes españoles con el apóstol Santo Tomás, a quien se le atribuyó la predicación del Evangelio en el nuevo continente. De este modo el problema de la unidad del género humano y el del mandamiento bíblico de “id y predicar” quedaron a salvo⁶.

Casi inevitablemente, lo mismo que se admiraba se convirtió en la base de un prejuicio y pronto los indios americanos pasaron a ser considerados como bárbaros. El concepto griego fue aplicado en América y los indios se ajustaron al mismo al vivir en hordas dispersas, “sin leyes ni conocimientos de las artes y oficios (...)” (Pagden *ibid*: 39).

Para el cristianismo medieval la barbarie significaba incultura, lo que se apreciaba a través de la ausencia de leyes, lo cual, a su vez, implicaba salvajismo y crueldad (Gewecke *ibid*: 62). El hallazgo de caníbales en Centroamérica y de sacrificios humanos en México, reafirmó la condición de bárbaros a los indios, haciendo necesario llevarles la salvación divina, empresa de la que se encargaría la corona española.

b) Creación de utopías.

América en la mayoría de los casos será presentada bajo el aspecto de su exotismo debido en parte a la incompreensión de lo nuevo. A la imagen del nuevo continente como sede del Paraíso, se sumarían otras fantasías e incluso descripciones literarias, las cuales tomaron cuerpo y se volvieron reales en la mente de muchos. En este sentido, la fuente de la juventud -mito con el que la Edad Media había soñado - (Rosemblat 1965: 24), tuvo a más de un explorador que soñaba con encontrarla, lo que finalmente llevaría a Ponce de León a la conquista de Florida (*ibid*: 26).

Al mito anterior se suman el del reino de Juan, el del país de la Canela, el del rey blanco, el de la sierra de plata -más adelante verificado en las minas de Potosí-, el del país de las Amazonas, el de El Dorado (Ainsa 1984: 8), el de la ciudad de los Césares -donde predominaría la plata-, el de las Antillas -donde Martín Behaim habría fundado 7 ciudades en las que se vivía bajo un régimen de paz evangélica-, el de Quiviría y Civola, -dos de las ciudades fundadas por Beheim en torno a las cuales corrían relatos fabulosos - (Rosemblat 1965: 39-42).

⁶ Cabe señalar que hubo otras explicaciones menos mitificadas como la del jesuita Acosta y como la de López de Gomara, para quienes los indios americanos eran gente que venía de la China del norte por el estrecho de Behring (Dickinson 1991: 91).

Entre todos estos mitos, los que más interés despertaron fueron el de las Amazonas y el de El Dorado. Durante el viaje de Orellana por el Amazonas, el padre Carbajal preguntó por las famosas mujeres a lo que se le respondió que estaban tierra adentro, que eran muy poderosas y que tenían pueblos sometidos los cuales les pagaban tributos. Lo que más habría de impresionarlos, sin embargo, sería la descripción de las grandísimas riquezas en oro y plata.

“en la capital, donde estaba la señora principal, había grandes adoratorios, con ídolos de oro y plata en figura de mujer. Había “mucha cantería de oro y de plata para el servicio del sol” y las señoras principales tenían sus utensilios de oro y plata (...)” (ibid: 34).

Más adelante, la fantasía creció y la gente se echó a la búsqueda de ciudades enteras de oro. El Dorado atrajo a muchos exploradores y aunque se mostró como una ciudad escurridiza, tuvo un lugar preciso en los mapas americanos e incluso se nombró gobernadores y adelantados de El Dorado (ibid: 20-21).

La realidad americana, en vez de desmentir los mitos los actualizó y reforzó, dando lugar a que la “edad de oro” se reconstituyese en el suelo americano (Ainsa 1984: 8), lo cual daría paso a otras fantasías que convertirían a América en el lugar adecuado para un específico tipo de vida (Sánchez-Blanco 1991: 4, 15-16). Las fantasías que se actualizaron fueron del orden, por ejemplo, que los habitantes americanos no conocían enfermedades ni pestes, que vivían cien, doscientos y trescientos años, que no existía la carestía ya que todo el suelo eran minas de oro y plata y que los campos florecían todo el año (Gil 1989, 1: 239). El origen de esta idealización del nuevo continente era la evasión de las calamidades que Europa acababa de sufrir.

Los siglos XIV, XV y XVI habían sido para Europa siglos difíciles, al extremo que se pensó que el fin del mundo estaba cerca. Todos veían la señal del anticristo en los sucesos diarios: violencia en todas partes, ladrones y asesinos pululando por doquier, ataques a monjas y mujeres casadas. De otro lado, las guerras religiosas libradas entre los siglos XV y XVI trajo la represión de la iglesia: la instauración de la inquisición, de diferentes tipos de actos de fe, reformas y místicas consecuencias a punta de espada (Sale 1990: 44). La presencia de enfermedades por su parte aumentaron dicha creencia. Desde el siglo XIV diversos pueblos europeos fueron prácticamente arrasados por la peste, la lepra, el escorbuto, el tifus, la difteria, la tuberculosis (ibid: 46) y otras enfermedades que normalmente no hubieran causado la muerte pero que lo hicieron debido a la desnutrición que padecía la población europea debido a la hambruna general.

De cuerdo a ello, América pasó a convertirse, según la imaginación europea, en el lugar donde la felicidad era posible, felicidad no sólo cargada de connotaciones materiales sino también religiosas. Se imaginan las nuevas tierras como un lugar donde no existe ni la culpa ni el pecado, donde el hombre vive en armonía con la naturaleza, donde será posible realizar sin problemas el Reino de Cristo (Sánchez-Blanco 1991: 15). América sería el lugar donde aún se podía construir la verdadera ciudad de Dios “con aquellos indios que los humanistas y los misioneros presentaban como dechados de perfección, como los hombres más virtuosos del mundo” (Gil 1989, 1: 240).

El nacimiento de estados nacionales o de pequeñas unidades políticas acarreó violencia política que llegó a enfrentar a los miembros de una misma familia (ibid), razón por la cual, la descripción de las sociedades indígenas americanas fueron ideales e incluso deformadas. El buen salvaje se encontraba en el Canadá, “en las islas exóticas y recién descubiertas del Pacífico sur, en todas partes (...)” (Collier 1986: 159). Las reducciones jesuitas del Paraguay, con su organización interna y los logros obtenidos en su obra evangelizadora, también devendrían en un modelo social, en contraste con el tipo de vida llevada en Francia y en Inglaterra (ibid). De este modo, en la descripción de las sociedades indígenas se proyectó “un sueño de edénica inocencia” (White 1976: 125) en el cual no existían los vicios propios de los europeos (Weston 1981: 223).

Los mitos transplantados a América son los que dieron lugar al nacimiento de la utopía renacentista (Ainsa 1984: 11). El deseo de los cronistas y conquistadores de verificar los mitos y maravillas americanas, dio como resultado un número relativamente alto de relatos de viajes, los cuales influirían en la idealización del Nuevo Mundo y en los escritores de utopías.

“Utopía misma -de Tomás Moro- está situada en alguna parte al oeste de las islas descubiertas. Y el héroe de Moro es un compañero de Magallanes (...)” (Moreno Alonso 1981: 60).

La característica de los escritores de utopías de los siglos xvi y xvii, era la de reconstruir un nuevo modelo social en el cual evitaban toda referencia a la situación del momento (Bitterli 1986: 396). En esta línea concibió Tomás Moro su “Utopía”, la isla “en la que podría existir una sociedad ideal construida según los principios platónicos y cristianos” (Sánchez-Blanco 1991: 14).

Los habitantes de la isla “ (...) eran frugales y de ningún modo esclavos de exageradas necesidades. Viven naturalmente y son saludables mientras se ocupan por horas de la agricultura y se dedican a los trabajos manuales. Conocen el poder corruptor del oro y lo desprecian. Conocen pocas leyes y convenios que solo daría lugar a sutilezas jurídicas (...).

(...): los utopianos son felices no por sus instintos sino por el conocimiento racional de la legitimidad de la naturaleza” (Bitterli 1982: 394).

Si bien América se vio adecuada a un imaginario que la precedió (Ainsa 1984: 10), con el descubrimiento se inició la verdadera instauración de la utopía, con la cual

“Se apuesta al futuro a partir de un territorio nuevo, pleno de posibilidades. La utopía transfiere al hombre el deber y la responsabilidad de transformar el mundo. (...). El proyecto utópico será esencialmente organizativo. Establecerá sus propios fines con sus propios medios” (ibid: 12).

Para algunos autores, sin embargo, el requisito primordial para el establecimiento de esta sociedad era la virginidad de la tierra ya que aquella sociedad ideal no era compatible con la existencia de hombres que vivan en un estado primitivo “y con costumbres que repugnan a la sociedad” (Sánchez-Blanco 1991: 14). Quienes afirmaban esto hacían referencia a las descripciones que algunos misioneros hacían de las costumbres de los indios americanos. Dichos informes incluían la descripción de la violación de algunos tabús para los europeos: desnudez, propiedad común, promiscuidad sexual, ausencia de leyes y canibalismo (White 1976: 125), lo que de manera automática los convertía en bárbaros primitivos.

América jugaba un doble papel. De un lado, era el paraíso, el espacio limpio de maldad y de otro el reino de Satanás, el lugar donde éste había podido reinar sin ser amenazado por la predicación del Evangelio. Por esa razón, los hombres allí eran idólatras y dedicados a la sodomía, a los sacrificios humanos y otras tantas cosas rechazadas por el cristianismo (Sánchez-Blanco 1991: 11). Este último punto sería justamente el que justifique el paso de sacerdotes a las nuevas tierras con la misión de enseñarles la verdadera fe, adecuando así a los nativos al “Nuevo Mundo” que los europeos querían fundar en contraposición al “Viejo”.

BIBLIOGRAFIA

- AINSA, Fernando
1984 "Presentimiento, descubrimiento e invención de América." En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nº 411, Septiembre, pp. 6-13.
- BENNASSAR, Bartholome y Lucile Bennassar
1991 *1492, Un monde nouveau?* Paris: Perrin, 273 p.
- BITTERLI, Urs
1972 *Die "Wilden" und die "Zivilisierten.* Die europäische-überseeische Begegnung. München. 492 p.
- BURKE, Peter
1991 *America and the Rewriting of World History.* Paper in America in European Consciousness, John Carter Brown Library, June, 23 p.
- CHIAPPELLI, Fredi y otros (Ed.)
1976 *First Images of America. The impact of the new world on the old.* London, California; University of California Press, 2 vol.
- COLLIER, Simón
1986 "Visiones Europeas de América Latina: en busca de una interpretación global". En: *Historia*, 21 (PUC, Chile). pp. 155-166.
- DICKINSON, John A. y Marianne Mahn-Lot
1991 *1492-1992 Les européens olecourent l'Amérique.* Lyon: Presses Universitaires.
- ETTE, Ottmar
1991 "Funktionen von mythen und legenden in Texten des 16. und 17. Jahrhunderts über die new welt". En: K. Kohut (Ed.) *Der eroberte kontinent.* Frankfurt am main: Vervuert, 389 p., pp. 161-182.
- GANDIA, Enrique de
1987 "La idea del descubrimiento y la invención de América". En: *Investigaciones y Ensayos.* Buenos Aires, Nº 36.
- GEWECKE, Franke
1986 *Wie die neue welt in die alte kaui.* Stuttgart: Klett-Cotta, 315 p.
- GIL, Juan
1989 *Mitos y utopias del descubrimiento.* Madrid: Alianza Editorial, 3 Tomos.
- HONOUR, Hugh
1982 "Wissenschaft und Exotismus. Die europäischen Künstler und die aussereuropäische welt". En: K. H. Kohl (Ed.) *Mythen der neuen welt,* Berlin.
- KOHL, Karl Heinz (Ed.)
1982 *Mythen der neuen welt.* Zur Entoleckungsgeschichte Loteinamerikas. Berlin: Früllich & Kaufmann.
- KOHUT, Karl (Ed.)
1991 *Der eroberte kontinent. Historische Realität, Rechtfertigung und literarische Davstellung der Kolonisation Amerikas.* Frankfurt am main: Vervuert, 389 p.

MaccORMACK, Sabine

- 1991 "Limits of understanding: perception of Greco-Roman and american paganism in early modern Europe". Paper in *America in European Consciousness*, John Carter Brown Library, June.

MOGBUS, Joachim

- 1982 "Über die Bestimmung des wilden und die Entwicklung des verwertungsstandpunkts bei kolumbus". En: K. H. Kohl (Ed.) *Mythen der neuen welt*, Berlin.

MORENO ALONSO, Manuel

- 1981 "América española en el pensamiento de Voltaire". En: *Anuario de Estudios Americanos*, Vol. XXXVIII. p.p. 57-100.

O'GORMAN, Edmundo

- 1894 *La invención de América. Investigaciones de su devenir*. México D.F.; Fondo de Cultura Económica, 193 p.

PAGDEN, Anthony

- 1988 *La caída del hombre natival*. Madrid, Alianza Editorial, 297 p.

ROSEMBLATT, Angel

- 1965 *La primera visión de América y otros estudios*, Caracas, 350 p.

SALE, Kirkpatrick

- 1991 *Das verlorene Paradies. Christoph Kolumbus und die Folgen münchen*. List, 496 p.

SANCHEZ-BLANCO, Francisco

- 1985 "Descubrimiento de la variedad humana y formación del espíritu moderno en la España del Siglo XVI: El impacto del Nuevo Mundo". En: *Revista de Indias*, Vol. XLV (175), pp. 181-199.

- 1991 "La sucesiva configuración del espacio americano en la conciencia europea: Desde América "Nuevo Mundo" a América "esperanza de los perseguidos por la religión". Paper in *America in European Consciousness*, John Carter Brown Library, June, 19 p.

SANZ, Carlos

- 1960 *Mundo, otro mundo, nuevo mundo y Plus ultra*. Madrid, 88 p.

SCHMID, Marian

- 1982 "Der weisse Fleck auf der Landkarte". In K. H. Kohl (Ed.). *Mythen der neuen welt*, Berlin.

WESTON, Peter J.

- 1981 "Some images of the primitive before 1800". En: *History of the European Ideas*. Vol. 1 (3), pp. 215-236.

WHITE, Hayden

- "The Noble Savage. Theme as Fetish". In F. Chiappelli (Ed.). *First Images of America*. T. 1, pp. 121-135.